

O de otra manera, los azotaban con ortigas, de las cuales hay entre los indios muchísimos géneros, muy grandes y con muchas espinas. Usaban bañarse ya muy entrada la noche en una fuente de la ciudad, rociándose con sus aguas. En días determinados se abstendrían de comida hasta el mediodía y en la fiesta de atamalcualli, llamada así porque se abstendrían de viandas aun de ínfima calidad y no consumían nada más que pan y agua fría. Había alguno que no tomaban nada sino hasta muy entrada la noche ni siquiera bebían agua helada, porque estimaban que bebiéndola violaban el ayuno. Eran enseñados allí a decir la verdad y a hablar con elocuencia; a saludar a los que se encontraban; a reverenciar a los mayores y a viejos, y cuando hacían estas cosas de mala gana o no practicaban la enseñanza con los hechos, eran pinchados con agujones; Se les instruía además en los cánticos que llaman divinos, que conservan escritos en papel con letras jeroglíficas (que también les enseñan a dibujar). Aprendían asimismo la cuenta del tiempo el arte de augurar y aquella parte de la astrología que da respuesta a las cosas futuras y predice los acontecimientos lejanos. Y más aún, aprendían de los sacerdotes la doctrina de interpretar los sueños, tal cual estos la habían recibido de los mayores, para burlar y atormentar a la baja plebe, perdida y envuelta en las perniciosas tinieblas de la ignorancia, mientras ellos se imponían al pueblo y eran alabados como varones sapientísimos y semidioses, y así amplificaban y aumentaban las limosnas a los templos. También se obligaban con voto y nudo indisolubles a preservar la castidad y hacían profesión con gran empeño y religiosa observancia de otras cosas semejantes, que dieran indicio de vida estudiosa y honesta.

DE LOS MONASTERIOS DE LAS MUJERES

Cerca del templo mayor de toda ciudad de importancia, se establecía una gran aula en la cual eran recibidas las mujeres dedicadas a los dioses por cierto tiempo, de las cuales algunas se encerraban allí por aquellos a quienes afligían las enfermedades; otras obligadas por la penuria de las familias; otras por virtud y santidad; otras por conseguir de los dioses riqueza o vida sana y larga; pero la mayor parte por el deseo de buenos casamientos que se obtendrían de los dioses, u obligadas por el de copiosa prole. Se debe de admirar en esta parte la seguridad de aquella gente que con las puertas abiertas (porque todavía en verdad no conocían las puertas de batientes), pasaban el día y la noche sin la guardia de

varón alguno, y no había quien se atreviera a ofender su pudor. Prometían a los dioses quedarse encerradas en el templo cuatro, cinco o más años, y pasado este tiempo se casaban. En la primera entrada del templo se cortaban los cabellos para que por este indicio fuese patente que estaban dedicadas a los dioses o para que pudiesen ser distinguidas de los sacerdotes, que llevaban el cabello largo. Hilaban algodón, del cual hay gran provisión entre los indios y entretejían admirables y varias plumas de múltiples aves en lienzos para ellas y para los dioses. Barrían y limpiaban la casa, el patio y las aulas del templo, porque las gradas y los oratorios más altos, sólo se permitía asearlos a los sacerdotes. Algunas veces se sacaban sangre de varias partes del cuerpo en sacrificio a los dioses nefarios y para aplacar sus iras. Durante las fiestas solemnes iban en procesión con los sacerdotes y andaban por el templo siempre a la izquierda de ellos, pero ni cantaban himnos ni ascendían las gradas. Se mantenían con las erogaciones comunes de los ciudadanos y principalmente de los afines y consanguíneos. Y también con las limosnas y beneficios implorados de algunos hombres ricos y buenos que les daban de carne y tortillas calientes cuando estimaban que era necesario para ellas y para las oblaciones, porque constantemente las ofrecían calientes para que el vapor (así ellas mismas lo decían) ascendiera a los dioses y los deleitara. Consumían todas ellas por partes iguales las vituallas, según la costumbre de los sacerdotes. Nunca se desnudaban los vestidos que se habían puesto la primera vez, ya sea en gracia del pudor, ya sea para que instando el tiempo de ministrar a los dioses y de ocurrir a los trabajos acostumbrados, se levantaran más de prisa y más expeditas. Los días festivos bailaban delante de los dioses según la costumbre de esa gente, adoptando géneros de bailes congruentes a cada una de las fiestas. Si cualquier varón tenía que ver con alguna de ellas, uno y otro eran castigados con pena de muerte, o las mujeres obligadas a seguir a perpetuidad esa regla de vida y aun ellas mismas se afligían a si misma con más de mil géneros de tormentos, con la firme creencia de que este crimen no podía ocultarse a los ojos de los dioses, ni sus cuerpos librarse de la podredumbre o de otro mal sordidísimo.”

